

mismo Pierre Monteux la estrenaba con la Boston Symphony. Ésa es la versión que se toca en concierto, si bien en la revisión (nimia y solamente abordada por razones de «copyright») que realizara en 1949.

Se ha dicho que Stravinski se pasa a la cultura latina y al teatro de máscaras italiano, lo que, sin dejar de ser cierto, no es toda la verdad pues nunca tendremos la sensación de hallarnos lejos de *Petruchka*. También que adopta la forma barroca del «concerto grosso», incluso distinguiendo en la cuerda entre el concertino y el ripieno. Y si todo eso es verdad, no lo es menos que, tantos años después, la unidad estilística de la obra de Stravinski, su impulso motriz y su característica de expresión nos parecen siempre las mismas sean obras de las etapas nacionalista, neoclásica o dodecafónica. Como en el caso de otros compositores sintéticos, con Bach a la cabeza, Stravinski es un crisol capaz de convertir en música propia cualquier tendencia o estilo.

La suite orquestal de *Pulcinella* se abre con una exultante Sinfonía (Ouverture) llena de una energía típicamente stravinskiana. El segundo movimiento es una Serenata conducida por un tema lírico del oboe. El tercero, cuarto y quinto: Scherzino—Allegro—Andantino, resulta un minitríptico en forma de arco de creciente dinámica hasta el centro y decreciente hasta el final. La Tarantella es un sexto movimiento muy característico de la motricidad rítmica del autor que se transmite al séptimo, una Toccata confiada principalmente a los vientos. El octavo es Gavotta con due variazioni, siendo cada una de éstas una ornamentación del tema principal. El Vivo que constituye el noveno movimiento es famoso por su carácter bufo en los «glissandi» de trombón. Los últimos dos movimientos —décimo y undécimo— son Minuetto-Finale, que se inician con solemnidad y acaban con un frenesí, no bufonesco. El resultado no puede ser más admirable y, a despecho de las controversias que obtuvo entre los espíritus pacatos de una época, hoy la obra no puede ser contemplada como otra cosa que lo que es: una absoluta obra maestra. Que Stravinski lo sabía lo demuestra el hecho de que aún haría dos distintas suites para violín y piano y otra, la *Serenata italiana*, para violonchelo y piano, basadas en la obra.

TOMÁS MARCO